

EL FLORECIMIENTO DE LA LITERATURA INDÍGENA ACTUAL EN MÉXICO. CONTEXTO SOCIAL, SIGNIFICADO E IMPORTANCIA

Gilda WALDMAN M.*

Dentro del vasto y diverso ámbito cultural mexicano, uno de los fenómenos más interesantes lo ha constituido a últimas fechas la aparición de lo que se ha denominado “literatura indígena”, aquella producción escrita por los propios indígenas en su idioma original o en versión bilingüe (lengua autóctona y español), y que abarca, por otra parte, diversos géneros: teatro, ensayo, poesía, canción, relato, etc.¹ Esta floración de la literatura indígena es particularmente significativa por varias razones. En primer término, porque desde tiempos coloniales tanto el pensamiento como la cosmovisión, la tradición y el universo imaginario del mundo indígena fueron desintegrados —y aun destruidos— en aras de la nueva fe que había llegado desde España. Es cierto que la evangelización se realizó en lengua indígena a fin de explicarles a los habitantes nativos el nuevo mundo religioso-cultural, pero ello fue útil, en última instancia, a los fines de los conquistadores. Pero también hay que reconocer que algunos frailes recopilaron parte de la herencia cultural de los indígenas mexicanos —en particular fray Bernardino de Sahagún en el caso del pueblo azteca— pero esta recopilación se interrumpió en el siglo XVIII. Posteriormente, ni la Independencia (sustentada en el liberalismo y la unidad cultural y lingüística) ni la Revolución mexicana (que alentó la idea del mestizaje como modelo de mexicanidad) recuperaron el pasado indígena, olvido sin duda ligado con la exclusión económica y social de los indígenas a lo largo de más de 500 años. Por otra parte, no era sencillo para la cultura indígena expresarse mediante la pala-

* Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

¹ Véase Carlos Montemayor, *Los escritores indígenas actuales*, México, CONACULTA, 1992.

bra escrita. Su escritura tradicional era pictográfica e ideográfica y, aunque ella permitía conservar sucesos e ideas y, fundamentalmente, la memoria histórica (rituales religiosos, acontecimientos sociales y políticos, sucesión de gobernantes, calendarios, etc.), no registraba la palabra escrita.² La “castellanización”, desarrollada en especial después de la Revolución como parte del proyecto político de crear una identidad nacional —mestiza— a la cual los pueblos indígenas se integraran lingüística y culturalmente, tampoco favoreció el desarrollo de una conciencia literaria en los pueblos indígenas. A lo anterior hay que agregar otro elemento. En México, tanto la corriente liberal como la marxista favorecieron la pérdida de la identidad étnica de los grupos indígenas. El liberalismo planteaba, desde principios del siglo XIX, que serían imposibles la integración nacional y la viabilidad del país mientras la cultura indígena permaneciera ajena a un proceso de aculturación que permitiera a las comunidades salir de su atraso económico. Para el marxismo, por su parte, la cultura indígena representaba los vestigios de modos de producción precapitalistas; de ahí que la izquierda tradicionalmente se haya pronunciado a favor de la proletarización de los grupos indígenas, asumiendo que el problema étnico debilitaba al proletariado y favorecía a las clases dominantes. Dada la predominancia de ambas perspectivas ideológicas en el pensamiento intelectual y académico del México contemporáneo, las culturas indígenas estuvieron prácticamente ausentes del discurso cultural y de la creación artística en las instituciones académicas y culturales.³

Sin embargo, la literatura indígena ha ido encontrando, a últimas fechas, un camino propio, creando un espacio discursivo que reposiciona la tradición indígena en el nuevo escenario cultural del país. Si bien la importante presencia actual de los escritores indígenas contrasta con el silencio previo, ello no significa que el indígena haya estado totalmente ausente del imaginario cultural mexicano. De hecho, en el ámbito literario, ha sido una figura constante. Así, por ejemplo, durante el siglo XIX, aun sin ser primordial, el indígena aparecía en cuentos, novelas, relatos y crónicas de la época, aunque enmarcado dentro de concepciones de influencia occidental que tendían a pintarlo de manera distorsionada y casi

² Véase Pellicer, Dora, “Oralidad y escritura de la literatura indígena: una aproximación histórica”, en Montemayor, Carlos, *Situación y perspectivas de la literatura indígena*, México, CONACULTA, 1993.

³ Es cierto que el Museo Nacional de Antropología constituye una amplia muestra de lo que fueron las culturas prehispánicas en el país, pero podría pensarse que, al mismo tiempo, exalta el nacionalismo mexicano.

caricaturesca, en el marco ideológico de su supuesta inferioridad. No fue sino hasta después de la Revolución mexicana que la narrativa comenzó a recuperar la visibilidad social del indígena, tratando de desentrañar la singularidad de sus costumbres y cosmovisiones en el contexto social y cultural del resto de la nación. Esta tendencia alcanzó su máxima expresión en lo que se denominó “literatura indigenista”, es decir, aquella escrita en español por autores no indígenas pero referida a temas étnicos, y que se desarrolló en el marco de las políticas estatales orientadas a incorporar a los indígenas a los procesos de modernización.⁴ Inserta en la polémica sobre las fuentes de la identidad nacional, y desarrollada de manera paralela a la Antropología (disciplina que centró su atención en los indígenas) y a la investigación sociológica (que estudió a los grupos étnicos en relación con el tema de las clases sociales y la pobreza), la literatura indigenista tuvo un gran auge entre la década de los veinte y los sesenta y encontró sus más importantes exponentes en escritores como Gregorio López y Fuentes, Francisco Rojas, Mauricio Magadaleno, Ramón Rubín, Eraclio Zepeda y Rosario Castellanos. A pesar de las lógicas diferencias (temáticas o estilísticas) que pueden encontrarse en la obra de los autores mencionados, la literatura indigenista tradicional puede caracterizarse en términos de la doble mirada que ha tenido hacia las poblaciones autóctonas del país. Por una parte, expone con vehemencia la degradada situación en que se encuentra el indígena mexicano, habitante de un paisaje de extrema dureza física y de un hábitat social segregado del resto de la población del país.⁵ En esta línea, es claro el énfasis de la literatura indigenista sobre los nexos existentes entre etnicidad y pobreza, destacando que, de hecho, los indígenas constituyen la clase social más pobre de México.⁶ En esta visión del indígena —un ser desamparado, abandonado, oprimido, que vive en una situación de inimaginable miseria, inserto en una comunidad que padece hambre y enfermedades— queda implícito el grito del escritor indigenista por evidenciar las condiciones de vida y la humilla-

⁴ Véase Bigas, Silvia, *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Universidad de Puerto Rico, 1996.

⁵ Por ejemplo, en su cuento “Los amores de un tarahumara”, Ramón Rubín escribe: “Pahuérachic es una pequeña congregación de indios encaramada en lo más alto de la Sierra Tarahumara. La componen dos docenas de chozas miserables, sucias, construídas con troncos y adobes...”.

⁶ Refiriéndose a su personaje principal, señala: “No trae ni una frazada para abrigarse. Tal vez ni siquiera la posea... Sus desnudeces habituales no han sufrido la menor variante”.

ción social que experimentan los indígenas y, por tanto, la necesidad de la justicia social a la que tiene derecho como ser humano.

Pero, por otra parte, esta vertiente no puede escapar a la mirada extraña de quien no puede comprender las diferencias culturales que convierten al indígena en un “otro” extraño e incomprensible, inserto en una sociedad absolutamente jerárquica y en la que, dentro de la férrea urdimbre del tejido comunitario, debe aceptar vivir en consonancia con una cosmovisión en la cual el fatalismo, por ejemplo, es parte esencial. Recreando los usos y costumbres de la vida indígena, el escritor mestizo no puede aceptar cabalmente la relativa homogeneidad del mundo indígena y la persistencia de tradiciones, costumbres, y creencias religiosas que hacen del indígena y sus modos de vida un ser absolutamente diferente a los miembros de otros sectores de la sociedad mexicana. En última instancia, la literatura indigenista del siglo XX no logra escapar a un dilema fundamental. Aunque los muchos —y notables— escritores que forman parte de esta tradición narrativa hayan querido, con la mejor voluntad, captar la realidad indígena, no pueden superar la muralla cultural y social que los separa y diferencia del mundo indígena. De ahí que esta vertiente narrativa no logre penetrar en la esencia del universo descrito, permaneciendo en un nivel relativamente superficial e imaginativo.⁷ En contraste con la literatura indigenista —ajena, a pesar de sus méritos, a la voz misma de los indígenas— en la actualidad numerosos escritores en náhuatl, maya, mixe, quiché, maya, mixteca, zapoteca, o tzotzil, están creando una nueva palabra literaria que reinventa su pasado, su presente y su futuro.⁸ La auténtica voz literaria de los miembros de las comunidades indígenas habla, desde sus raíces y desde lo más profundo de su historia, sobre sí mismos y para sí mismos. Lo anterior se liga con el surgimiento de importantes movimientos indigenistas que, junto a sus reivindicaciones de autonomía, autodeterminación y búsqueda de un espacio representativo en el contexto nacional, intentan recobrar su historia y su tradición y fortalecer culturalmente sus lenguas, asumiendo que entre los derechos inalienables de los pueblos indios está el desarrollo de su propia literatura.⁹ El resurgimiento de la literatura indígena forma parte, así, del

⁷ Bigas, *op. cit.*

⁸ Para tener una amplia perspectiva de lo que es la literatura indígena contemporánea, véase Montemayor, Carlos, *Situación actual y perspectivas...*, *op. cit.*, así como *La literatura actual en las lenguas indígenas de México*, México, Universidad Iberoamericana, 2001.

⁹ Sobre la emergencia de los movimientos indígenas en México y en América Latina, véase Bengoa, José, *La emergencia indígena en América Latina*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2000.

estallido de las identidades más antiguas de la región —desencantadas por las estrategias de desarrollo económico y la exclusión política— lo cual se ha traducido en la formación de nuevas organizaciones indígenas que, más allá de los problemas económicos y sociales que las han aquejado históricamente, se han hecho presentes en la agenda política del país a través de un conjunto de demandas (definición de un estatus legal, derechos sobre la tierra, respeto a sus formas de organización social, participación política, etc.) dentro de las cuales el derecho a conservar su identidad cultural evidencia una conciencia étnica no subsumida ya en lo nacional.¹⁰ Pero el florecimiento de la literatura indígena debe entenderse, asimismo, en el entorno de los numerosos cambios que han ocurrido dentro de las sociedades indígenas en las últimas décadas. Así, por ejemplo, a diferencia del liderazgo indígena tradicional, fundamentalmente de origen campesino, inserto en las comunidades durante toda su vida y con poca capacidad de negociación política, el liderazgo de las nuevas organizaciones está en manos de nuevas generaciones que han pasado por la educación formal, habiendo adquirido sus habilidades en un entorno no indígena y alcanzando, al mismo tiempo, un estatus profesional como agrónomos, maestros, doctores, abogados, etc. Esta nueva dirigencia indígena, que participa en redes nacionales e internacionales haciendo llegar su mensaje a numerosos sectores de la población, no sólo formula la agenda política de sus movimientos, sino que desarrolla también un nuevo discurso indígena que, a partir de viejos agravios y nuevas demandas, replantea su identidad ya no en términos de integración sino de diferenciación.¹¹ Ciertamente, este proceso encuentra en la urbanización una de sus expresiones más importantes. En México, como en otros países de América Latina, la “cuestión indígena” se ha convertido, de manera creciente, en un asunto urbano.¹² Cada vez es mayor la compleja red de relaciones urbanas y rurales en que participa la población indígena a través del comercio, por ejemplo, a lo cual se agrega la creciente facilidad de las comunicaciones (camino, teléfonos, radio, etc.). Las ciudades constituyen, de esta manera, los espacios hacia los cuales ha fluido la migración y donde se condensan, progresivamente, importantes reasentamientos indígenas. La movilidad migratoria ha ampliado el hábitat espacial indígena

¹⁰ Véase, por ejemplo, Bengoa, José, *La emergencia indígena...*, op. cit.

¹¹ Véase, por ejemplo, Instituto Nacional Indigenista, *Movimientos indigenistas contemporáneos*, México, 1992.

¹² CELADE, *La población indígena de América Latina*, Santiago, 1998.

pero, incluso en esta desterritorialización, las comunidades de origen conservan un papel simbólico central que se manifiesta, por ejemplo, en la persistencia del idioma y las tradiciones, el orgullo étnico, etc. A diferencia de la migración indígena de décadas previas en la cual se generaba una ruptura entre lo rural y lo urbano con los consecuentes fenómenos de aculturación, las migraciones actuales fortalecen la identidad cultural: incluso a la distancia, los migrantes indígenas siguen percibiéndose como miembros de su grupo regional o étnico, recreando una comunidad relativamente similar a la que fue dejada atrás, pero a la cual se regresa recurrentemente. En este ir y venir del mundo rural-tradicional al urbano-moderno y viceversa, las identidades tradicionales son re-interpretadas híbridamente, entretejiéndose la integración a la vida urbana con la persistencia cultural y el orgullo étnico. En esta línea, el resurgimiento de la escritura y la literatura en lenguas indígenas en México tiene un papel esencial. Impulsado fundamentalmente por maestros bilingües, promotores culturales e intelectuales originarios de pueblos donde se hablaban idiomas indígenas, su participación activa en las políticas educativas indigenistas los llevó a preocuparse por el futuro desarrollo de sus propias lenguas y culturas. De este modo, el trabajo de investigación socio-lingüística, la recopilación de cuentos y leyendas, el rescate de tradiciones y música, o la invención de fabulaciones, se tradujo en la construcción de nuevas “comunidades imaginadas” en las que se reinterpretan y recrean las identidades tradicionales en nuevos discursos identitarios.¹³ Transitando desde la oralidad hacia una literatura escrita, los escritores en lenguas autóctonas han reabsorbido los parámetros modernos para reactualizar su historia a través de un universo simbólico propio. Profundamente ligados con su herencia cultural, han reprocesado los mitos, las tradiciones y la historia propias al contacto de la sociedad nacional. Ciertamente, este fenómeno responde a una reafirmación de la conciencia étnica, pero asimismo hace posible que quienes continúan hablando esas lenguas tengan acceso a una nueva literatura que hable de sus sentimientos, preocupaciones, esperanzas, tal como son expresados por quienes forman parte de la misma cultura. Un ejemplo muy claro de todo lo anterior lo representa el cuento “En el lugar de las águilas reales”, del escritor Librado Silva, uno de los más importantes representantes de la nueva

¹³ Para el caso de la literatura en idioma náhuatl, véase, por ejemplo, León-Portilla, Miguel; López Ávila, Carlos; Silva Galeana, Librado, *In Yancuic nahua tlahtolli. Nuevos relatos y cantos en náhuatl*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1991.

narrativa náhuatl.¹⁴ El cuento mencionado recupera el lenguaje poético del antiguo mundo azteca estableciendo líneas de continuidad histórica y literaria con el pasado.¹⁵ El relato introduce distintas modalidades del habla náhuatl e intercala saludos y discursos ceremoniales, lo cual le da un tono de tradición oral que se concilia, de manera muy lograda, con una narración ágil que utiliza técnicas modernas (ruptura del tiempo lineal, inicio del relato en medio de una acción, etc.) Pero, al mismo tiempo, el núcleo del conflicto planteado en el cuento se refiere a la disputa por la tenencia de las tierras en el entorno rural-urbano de Milpa Alta, lo cual responde a un problema neurálgico de la situación indígena en el país. No se trata, sin embargo, de una disputa entre indígenas y mestizos por la posesión de la tierra, sino de las pugnas y antagonismos internos que se dan entre las distintas comunidades de habla nahuatl.¹⁶ En este sentido, es interesante la visión realista que ofrece el cuento en torno a la vida indígena y sus conflictos internos, desde la perspectiva de sus propios protagonistas. Se trata, sin duda —al menos en este cuento— de una mirada crítica sobre las consecuencias a las que puede llevar la disputa interna por las tierras, pero al mismo tiempo se plantea una visión llena de afecto en relación a distintas facetas de la vida comunitaria en Santa Ana Tlacotenco, tales como la solidaridad o la vida amorosa y matrimonial de los indígenas de esa comunidad. “En el lugar de las águilas reales” tiene, sin duda, un carácter ficcional,

¹⁴ Silva, Librado, “En el lugar de las águilas reales”, *Estudios de cultura náhuatl*, núm. 22.

¹⁵ “Se yergue el amanecer, canta el pájaro zacuán. Alrededor del poblado los picos de los montes semejan las cuentas de un collar de jazmines es en el cuello de una bella princesa. Una tenue nube azul de humo se mece sobre los techos de las casas al compás del concierto matinal que entonan los pajarillos. En todos los hogares ya abren sus corolas las fogatas cual ramos de flores amarillas y rojas. Junto al metate se oye el suave golpear de las manos de las mujeres que hacen las tortillas y las cocinas y comedores se inundan con el aromático olor del atole amarillo”.

¹⁶ “En realidad la disputa por las tierras había empezado hacía mucho. Todo comenzó cuando muchos de nuestros ancianos, entonces jóvenes, tomaron un pedazo de tierra, allá en Cozcacuauhco y lo fueron a desmontar. Y cuando habían concluido, cuando ya estaba limpia la tierra hace ya tanto tiempo, tanto que ya bien no se recuerda cuántos años hace de esto, se percataron de que algunos tepenahuacas y miacatlantecas ya las habían invadido. Un día se acercaron se acercaron otras gentes del pueblo a aquellas tierras. ¡Ya estaban sembradas! ¡Todas estaban sembradas! En realidad la disputa por las tierras había empezado hacía mucho. Con ese motivo empezaron por no ver con buenos ojos los de Santa Ana Tlacotenco a los de San Juan Tepenahyac, San Jerónimo Miacadán, y San Francisco Tecozpa; éstos invadieron tierras que no eran de su propiedad. Pero los años iban pasando. Pasaba un año tras otro. Nada se logró. Las poseían ya los tecozpanecas, los miacatlantecas, los tepenahuacas, y los de Tlacotenco no lograron hacer reconocer sus derechos”.

pero cabe asumir que, al mismo tiempo, entrega información histórica, cultural, geográfica de la comunidad de Santa Ana Tlalcootenco, comprobable quizás a través de fuentes testimoniales o documentales.

El cuento mencionado está escrito tanto en idioma indígena (en este caso, náhuatl) como en español, rasgo común a la mayor parte de la literatura indígena. Escribir en lengua autóctona pone sin duda de manifiesto la importancia de mantener las lenguas indígenas a lo largo de cinco siglos como acto de preservación de los resortes más profundos del mundo indígena, al mismo tiempo que representa su afirmación social. Pero, al mismo tiempo, escribir en español supone apropiarse de este idioma y acentuar el papel activo de quienes lo toman para sí. Al incorporar la escritura alfabética como medio de expresión, el escritor indígena hace suya la lengua española, lo cual le permite ampliar la difusión de su obra. Sin embargo, escribir en dos lenguas ubica al escritor indígena en una situación de “frontera”: la lengua indígena, esencialmente oral, es el medio de comunicación en las relaciones sociales, las fiestas y ceremonias tradicionales y a veces, en la vida política local, al tiempo que constituye también el medio de transmisión generacional de los principales valores culturales del grupo. El español, a su vez, es el idioma oficial. Como todas las fronteras, las lingüísticas pueden ser abiertas o cerradas, rígidas o móviles. Ellas pueden representar el espacio para mantener intacta la propia identidad salvándola del “otro”, dividir tangencialmente dos universos que no se tocan ni se cruzan, y permitir el conflicto entre identidades y culturas. Pero las fronteras pueden también se pueden transgredir, cruzar y traspasar. Caóticas a veces, ellas pueden ser un espacio abierto de encuentros y reencuentros, que posibilite el fluir de memorias históricas, lenguajes y experiencias, creando una cartografía de encuentros culturales en los que se reorganiza la diversidad y se re elabora el sentido de lo propio y lo ajeno, Escribir en lengua indígena y traducir al español o viceversa¹⁷ supone no una actividad mimética, sino una redefinición del texto en el “otro” idioma, trascendiendo la mera equivalencia lingüística para abrirse y expandirse hacia nuevas esferas culturales. El ir y venir entre ambos idiomas implica establecer una dialéctica entre “aquí” y “allá”, “ahora” y “entonces”, “nosotros” y “ellos”. En este “espacio intersticial”¹⁸ tienen lugar los procesos de diferencia cultural, pero también allí se gestiona la heterogeneidad, el desbordamiento de las

¹⁷ Véase, por ejemplo, Montemayor, Carlos, *Encuentros en Oaxaca*, México, Aldus, 1998.

¹⁸ Bhabha, Homi, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994.

identidades cerradas y la pluralidad de visiones. Escribir en ambos idiomas supone, entonces, que el espacio de la frontera cultural aparece en constante movimiento.

El desarrollo de literatura indígena ha sido alentado por el surgimiento de algunos espacios culturales destinados a desarrollar, auspiciar y difundir la lengua y la literatura de los pueblos autóctonos. Como ejemplo se podrían mencionar la creación, en 1993, de la Asociación de Escritores en Lenguas Indígenas; la fundación, en 1996, de la Casa del Escritor en Lengua Indígena; las iniciativas de CONACULTA para alentar la creación literaria indígena mediante el otorgamiento de becas y premios literarios, así como el apoyo del Instituto Nacional Indigenista para organizar encuentros con escritores indígenas, la formación de organizaciones en diferentes regiones del país que trabajan para el desarrollo de la lengua y literatura indígenas, los talleres de tradición oral, etcétera.

Pero los desafíos que enfrenta la literatura indígena son muchos, y no se refieren solamente a buscar una mayor calidad literaria, encontrar estilos propios o promover una mejor distribución, sino esencialmente a fortalecer el diálogo intercultural con el resto de la sociedad mexicana. En todo caso, es indudable que su aparición constituye un hito en el panorama literario de un país en el que hoy viven más de cincuenta grupos étnicos indígenas que constituyen alrededor del 15% de la población nacional, y en el que han desaparecido más de treinta etnias no sólo por despojo territorial, sino también por asimilación cultural. La literatura indígena hoy traza nuevos caminos, irrumpiendo en el ámbito de una literatura mexicana para demostrar que ésta que no es una sola, sino muchas.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR RIVERA, José, “Los indígenas y la izquierda. Una reflexión polémica acerca de las difíciles relaciones entre identidad étnica y la izquierda en México”, *Nexos*, núm. 248, agosto de 1998.
- BARTOLOMÉ, Miguel y BARABAS Alicia, *Los retos de la etnicidad en los Estados nación del siglo XXI*, México, CIESAS, INI, Miguel Ángel Porrúa, 2000.
- BENGOA, José, *La emergencia indígena en América Latina*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- BHABHA, Homi, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994.

- BIGAS, Silvia, *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara-Universidad de Puerto Rico, 1996.
- BONFIL BATALLA, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, CONACULTA y Grijalbo, 1990.
- CELADE, *La población indígena de América Latina*, Santiago de Chile, 1998.
- FLORESCANO, Enrique, *Etnia, Estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Aguilar, 1991.
- INEGI, *La población hablante de lenguas indígenas en México*, México, 1993.
- INSTITUTO NACIONAL INDIGENISTA, *Movimientos indigenistas contemporáneos*, México, 1992.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Literatura indígena de México*, México, FCE, 1992.
- *et al.*, *Nuevos relatos y cantos en náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989.
- , *Nuevos relatos y cantos en náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991.
- MONTEMAYOR, Carlos, *Situación actual y perspectivas de la literatura en lenguas indígenas*, México, CONACULTA, 1991.
- , *Los escritores indígenas actuales*, México, CONACULTA, 1992.
- , *Encuentros en Oaxaca*, México, Aldus, 1998.
- , *La literatura actual en las lenguas indígenas de México*, México, Universidad Iberoamericana, 2001.
- SILVA, Librado, “El lugar de las águilas reales”, *Estudios de cultura náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 22.
- UNAM, *Cuentos y relatos indígenas*, Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas, 1997, núms. 6 y 7.